



Hoy se piensa y se habla muy poco de la eternidad y de la resurrección de la carne. Casi nunca del infierno, del juicio y del purgatorio. Poco del cielo y muy poco del pecado.

Al faltar estas partes esenciales del credo, se desmorona el sistema lógico que conduce a contemplar la redención de Cristo. Si falta el pecado y no se habla de infierno, también la redención de Cristo acaba por disminuirse. Con todo ello se favorece la pérdida del sentido de pecado y por lo tanto del sacramento de la reconciliación. Corremos el riesgo de reducir la fe a una mera dimensión horizontal, y a que nuestra vida se achique y se frustre.

1. El misterio de la ETERNIDAD

¿Por qué meditar en la eternidad?

Para meter en el corazón el amor, y en la cabeza la sensatez:

“Piensa en tus postrimerías y no pecarás”. “Dame Señor un corazón sensato”. Ver lo que la vida da de sí. Lo vulnerable que soy y la imposibilidad de asegurar ni un solo instante de vida.

El Señor llama necio e insensato al hombre que acumula bienes en esta vida y no tiene en cuenta la eterna (cf. Lc 12, 16-21)



“Acaecíamos estar muchos ratos tratando de esto y gustábamos de decir muchas veces: ¡Para siempre, siempre, siempre! En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez impreso el camino de la verdad” (Santa Teresa, Vida 1,4).

“Los hombres pasan, la verdad del Señor permanece para siempre” (Kempis, I,5, 2).

“En aquella morada, los días no consisten en el empezar y en el pasar uno después de otro, ni el comienzo de un día significa el fin del anterior; todos los días se dan simultáneamente, y ninguno se termina allí donde ni la vida, ni sus días tienen fin” (San Agustín).

“¡Cómo pasan los años! Los meses se reducen a semanas, las semanas a días, los días a horas, y las horas a segundos; así los segundos es lo único que poseemos, y han de ser motivo de nuestra mayor estima, pues, viendo que esta vida está más llena de miseria, consuela pensar que se va disipando para ceder el puesto a la feliz eternidad” (San Francisco de Sales).

Benedicto XVI escribe: Hay una contradicción en nuestra actitud. Por un lado, no queremos morir; los que nos aman, sobre todo, no quieren que muramos. Por otro lado, sin embargo, tampoco deseamos seguir existiendo ilimitadamente, y tampoco la tierra ha sido creada con esta perspectiva.

Entonces, ¿qué es realmente lo que queremos? Esta paradoja de nuestra propia actitud suscita una pregunta más profunda: ¿qué es realmente la «vida»? Y ¿qué significa verdaderamente «eternidad»? Hay momentos en que de repente percibimos algo: sí, esto sería precisamente la verdadera «vida», así debería ser. En contraste con ello, lo que cotidianamente llamamos «vida», en verdad no lo es.

Agustín... escribió una vez: En el fondo queremos sólo una cosa, la «vida bienaventurada», la vida que simplemente es vida, simplemente «felicidad»...

«Así, pues, hay en nosotros, por decirlo de alguna manera, una sabia ignorancia (docta ignorantia)». No sabemos lo que queremos realmente; no conocemos esta «verdadera vida» y, sin embargo, sabemos que debe existir un algo que no conocemos y hacia el cual nos sentimos impulsados

Esta «realidad» desconocida es la verdadera «esperanza» que nos empuja y, al mismo tiempo, su desconocimiento es la causa de todas las desesperaciones, así como también de todos los impulsos positivos o destructivos hacia el mundo auténtico y el auténtico hombre.

La expresión «vida eterna» trata de dar un nombre a esta desconocida realidad conocida. Es por necesidad una expresión insuficiente que crea confusión.

En efecto, «eterno» suscita en nosotros la idea de lo interminable, y eso nos da miedo; «vida» nos hace pensar en la vida que conocemos, que amamos y que no queremos perder, pero que a la vez es con frecuencia más fatiga que satisfacción, de modo que, mientras por un lado la deseamos, por otro no la queremos.

Podemos solamente tratar de salir con nuestro pensamiento de la temporalidad a la que estamos sujetos y augurar de algún modo que la eternidad no sea un continuo sucederse de días del calendario, sino como el momento pleno de satisfacción, en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos la totalidad.

Sería el momento del sumergirse en el océano del amor infinito, en el cual el tempo –el antes y el después– ya no existe. Podemos únicamente tratar de pensar que este momento es la vida en sentido pleno, sumergirse siempre de nuevo en la inmensidad del ser, a la vez que estamos desbordados simplemente por la alegría (Benedicto XVI, Spe Salvi).

2. La vida (muy breve) es camino para la MUERTE

Recuerda, Señor, lo corta que es mi vida y lo caducos que has creado a los humanos.

¿Quién vivirá sin ver la muerte? ¿Quién sustraerá su vida a la garra del abismo? (Sal 88, 48-49)

Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación.

Tú reduces el hombre a polvo, diciendo: «Retornad, hijos de Adán». Mil años en tu presencia son un ayer que pasó; una vela nocturna.

Si tú los retiras son como un sueño, como hierba que se renueva: que florece y se renueva por la mañana, y por la tarde la siegan y se seca.

... Nuestros años se acabaron como un suspiro. Aunque uno viva setenta años, y el más robusto hasta ochenta, la mayor parte son fatiga inútil, porque pasan aprisa y vuelan.

Enseñanos a calcular nuestros años para que adquiramos un corazón sensato (Sal 89).

¿Qué dice el Concilio sobre el misterio de la muerte?

“Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte, la Iglesia, aleccionada por la Revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre. La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a causa del pecado, será vencida cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en la salvación perdida por el pecado.

Dios ha llamado y llama al hombre a adherirse a Él con la total plenitud de su ser en la perpetua comunión de la incorruptible vida divina. Ha sido Cristo resucitado el que ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte. Para todo hombre que reflexione, la fe, apoyada en sólidos argumentos, responde satisfactoriamente al interrogante angustioso sobre el destino futuro del hombre y al mismo tiempo ofrece la posibilidad de una comunión con nuestros mismos queridos hermanos arrebatados por la muerte, dándonos la esperanza de que poseen ya en Dios la vida verdadera.” (G.S. 18)

Y sobre la necesidad de velar: *“Como no sabemos ni el día ni la hora, es necesario, según el consejo del Señor, estar continuamente en vela. Para que así, terminada la única carrera que es nuestra vida en la tierra, mereceremos entrar con Él en la boda y ser contados entre los santos y no nos manden ir, como siervos malos y perezosos, al fuego eterno, a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y rechinar de dientes” (LG 48).*

La muerte es como un gran **mirador de la vida**. Suele ser cierta la sensatez de la persona que se está muriendo.

A la luz de estos salmos, piensa en que todo se ha de acabar y también tu vida.

Puede ayudarte también esta carta de **san Juan de Ávila**:

“No penséis que perdéis algo en perder este mundo; que lo más lúcido de él es oscuro, y lo más alto es de muy poco valor, y lo que más florido parece se pasa como un vapor breve y se marchita como flaco heno.

Poneos al fin de vuestra vida, y veréis cuan gravemente yerran los que ponen su amor en cosa tan caduca e inestable. ¿Qué desatino mayor que, viendo que todos vamos de camino para la muerte, pararnos a reír y jugar como si fuésemos a la vida? Quien a morir va, muy de camino ha de ir, y no ha de entender sino en pedir perdón a los que ha injuriado, y llorar los pecados que ha hecho, y rogar a los presentes que rueguen por él a Dios...

Sed, pues, vos una de las que han pasado por esta vida como de camino y han alcanzado la vida del cielo en que viven; los cuales, si hubieran amado esto presente, ya se les hubiera pasado el placer y tuvieran eternos tormentos.

¿Qué aprovechan ahora a los malos sus desatinos o qué daña a los buenos los trabajos que aquí pasaron?

Pásase lo uno y lo otro, mas no el fruto que ello sacaron; gozáronse unos en la maldad, y lloran para siempre en tormentos; trabajaron otros por agradar a Dios, y los veis hoy honrados en el cielo, gozando de un sano y eterno bien en pago de lo poco que dejaron acá.

Presto os veréis vos al fin de esta carrera; la muerte viene muy presto. Mirad que ahora tenemos tiempo; no le perdamos, y ninguna ocasión que se ofrezca de hacer bien, la dejemos de pasar...

Si falta hubiere de haber, más vale en la comida del cuerpo que en la santa comunión; en la mesa, que en la oración; más vale que la casa no esté muy ataviada que no estar el ánima sucia y desnuda.

Muy pocas son nuestras fuerzas, y si las repartimos serán muy menores; cuánto más si damos las más a lo que se pasa que a lo que dura sin fin...” (Carta 66).

Unas palabras de vida eterna y una prenda de inmortalidad

“Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá, y el que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?” (Jn 11).

“El que come Mi carne y bebe Mi sangre tiene Vida Eterna, y Yo le resucitaré en el último día” (Jn 6, 54).

“Yo soy el Pan vivo que ha bajado de los cielos. El que coma de este Pan vivirá para siempre” Jn 6, 51)

La muerte, además de separación de todo, es, principalmente, encuentro con Dios. Las palabras de Cristo a María la hermana de Lázaro (“Yo soy la Resurrección y la vida”) y la Eucaristía, prenda de eternidad, son un gran consuelo para el alma.

Así reza la Iglesia: **“La vida de los que en Ti creemos, Señor, no termina, se transforma. Al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo... En Cristo, Señor nuestro, brilla para nosotros esperanza de feliz resurrección, y así, aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad”** (Prefacio de la misa de difuntos).

“La Eucaristía es medicina de inmortalidad, antídoto contra la muerte para que vivamos siempre en Jesucristo” (Ignacio de Antioquía). El grano de trigo que se siembra en la tierra germinada en un día lejano. En la comunión, Jesús deposita en nosotros semilla que florecerá en eterna primavera.

Así como el pan a las palabras de la consagración se transforma en Cristo, así nuestro cuerpo, al recibir a Cristo, “ya no es mortal, porque tiene en sí **la esperanza de resurrección**” (S. Ireneo).

3. JUICIO FINAL

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda.

Entonces dirá el Rey a los de su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme"» (Mt 25, 31-46)

«No podemos desentendernos de que nuestra vida es limitada y no vuelve atrás; ni podemos olvidarnos de que, **al final, todos y cada uno seremos juzgados por Cristo conforme a nuestras obras** (cf. II Cor 5,10). Aquel día, acabado el tiempo de la peregrinación, tiempo favorable de salvación y de gracia, y a la vez, tiempo de prueba, aparecerá a la luz de Cristo, sin ambigüedades ni máscaras, lo que cada hombre es. Las acciones, buenas o malas, de cada uno, confrontadas con Jesucristo mismo, norma y criterio del vivir humano, se manifestarán en su verdadero sentido y valor» (Obispos españoles. La Verdad os hará libres, 47).

«¿Se nos quiere infundir de nuevo el miedo con la palabra juicio? ¿Acaso no deseamos todos que un día se haga justicia a todos los condenados injustamente, a cuantos han sufrido a lo largo de la vida y han muerto después de una vida llena de dolor?

Este triunfo de la justicia, esta unión de tantos fragmentos de historia que parecen carecer de sentido, integrándose en un todo en el que dominen la verdad y el amor, es lo que se entiende con el concepto de Juicio del mundo. **La fe no quiere infundirnos miedo; pero quiere llamarnos a la responsabilidad.** [...] Se necesita responsabilidad y preocupación por nuestra salvación y por la salvación de todo el mundo. Recordemos siempre las palabras de san Juan: "Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo" (1 Jn 2, 1). "En caso de que nos condene nuestra conciencia, Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo» (1 Jn 3, 20)" (Benedicto XVI).

¿Cómo me siento delante de Dios? Si tuviera que encontrarme hoy con Él, ¿qué juicio tendría de mí?

4. INFIERNO. Pena de daño y pena de sentido

¿Qué dice el Catecismo de la Iglesia sobre la posibilidad de condenación eterna?

Define el infierno como un "estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados".

"Morir en pecado mortal sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección. Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra "infiernos" (1033).

Las almas de los que mueren en pecado mortal descienden a los infiernos inmediatamente después de la muerte para sufrir las penas del "fuego eterno" (CIC 1035)

Las afirmaciones de la Escritura y las enseñanzas de la Iglesia a propósito del infierno son un llamamiento a la responsabilidad con la que el hombre debe usar de su libertad en relación con su destino eterno. Constituyen al mismo tiempo **un llamamiento apremiante a la conversión**: "Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; más ¡qué estrecha la puerta y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que la encuentran" (Mt 7,13-14) (CIC 1036)

A Jesús le preguntaron: ¿Señor, serán muchos los que se salven? Y respondió exhortando a **entrar por la puerta estrecha.**

- PENA DE SENTIDO:

"Estando en los infiernos, en medio de los tormentos, levantando sus ojos vio a lo lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno; y gritando, dijo: «Padre Abrahán, ten piedad de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y me refresque la lengua, porque estoy atormentado en estas llamas»."

"Fuego que nunca acaba" (Mt 5, 22.29)

- PENA DE DAÑO:

"Entonces dirá a los de su izquierda: apartaos de mí, malditos al fuego eterno".

Jesús habla con mucha frecuencia del infierno. Habla del "fuego que nunca se apaga". Más que las imágenes, nos importa la doctrina, que es materia de fe.

Cuando el hombre viador habiendo podido aceptar la gracia de Dios hasta la hora de la muerte, la rechaza, se le abren las puertas de lo inmutable e irremediable. La justicia de Dios exige la imposición de la pena en el otro mundo; pena de daño y de sentido, y pena eterna. La pena de daño es esencialmente privativa, que supone privación, a diferencia de la carencia, que sólo dice negación. La privación es ausencia de lo que se debe tener.

Para la piedra no tener ojos no es negación, sí lo es para el hombre. La ausencia del bien divino en el hombre destinado a la visión y posesión de Dios en la bienaventuranza es una ausencia con carácter de pena. **Pena de daño** (ausencia para siempre de Dios), que es la pena esencial del infierno, y corresponde al desorden de la separación de Dios cuando el alma ve con mayor claridad que su meta era Dios.

La **pena de sentido** corresponde al segundo desorden, que es la entrega del pecador a una criatura. Cuando el alma ve que las criaturas, riquezas, honores, placeres, de las que ya está separada, son nada y no las tiene ni las tendrá. Las penas de sentido son el fuego, la llama, el lago, el crujiir de dientes, el gusano roedor. Detrás de estas palabras hay una realidad auténtica, un dolor físico, real, añadido a la ausencia de Dios.

En la homilía de la Beatificación de los Niños de Fátima, San Juan Pablo II confirmó la existencia del infierno cuando dijo que Jacinta "quedó tan afectada por la visión del infierno, que la Virgen le mostró en la aparición del 13 de julio, que **todas las mortificaciones y penitencias les parecían poca cosa para salvar a los pecadores**".

"Cuando el hombre deja a Dios a un lado no puede alcanzar la felicidad".

ALGUNAS LECTURAS APROPIADAS

➤ **San Alberto Hurtado. UN DISPARO A LA ETERNIDAD**

A veces me desaliento porque no comprendo a Dios, pero ¿cómo espero comprenderlo, yo que ni comprendo sus obras? Consecuencia: mucho más orar que moverme. Además, que en el moverme hay tanto peligro de activismo humano.

¿Y yo? Ante mí la eternidad. Yo, un disparo en la eternidad. Después de mí, la eternidad. Mi existir un suspiro entre dos eternidades. Bondad infinita de Dios conmigo. Él pensó en mí hace más de cientos de miles de años. Comenzó, si pudiera, a pensar en mí, y ha continuado pensando, sin poderme apartar de su mente, como si yo no más existiera. Si un amigo me dijera: los once años que estuviste ausente, cada día pensé en ti, ¿cómo agradeceríamos tal fidelidad! ¡Y Dios, toda una eternidad!

¡Mi vida, pues, un disparo a la eternidad! No apegarme aquí, sino a través de todo mirar a la vida venidera. Que todas las criaturas sean transparentes y me dejen siempre ver a Dios y la eternidad. A la hora que se hagan opacas me vuelvo terreno y estoy perdido.

Después de mí la eternidad. Allá voy y muy pronto. Cuando uno piensa que tan pronto terminará lo presente uno saca la conclusión: ser ciudadanos del cielo, no del suelo.

➤ **Santa Teresa del Niño Jesús**

Fugacidad de la vida: "A mis 14 años, con mis deseos de saber, Dios pensó que era necesario añadir a «la flor de harina miel y aceite en abundancia». Esa miel y ese aceite me los hizo encontrar en las charlas del Sr. abate Arminjon sobre el fin del mundo presente y los misterios de la vida futura. Este libro se lo habían prestado a papá mis queridas carmelitas; por eso, contra mi costumbre (pues yo no leía los libros de papá), le pedí permiso para leerlo.

Esa lectura fue también una de las mayores gracias de mi vida. La hice asomada a la ventana de mi cuarto de estudio, y la impresión que me produjo es demasiado íntima y demasiado dulce para poder contarla...

Todas las grandes verdades de la religión y los misterios de la eternidad sumergían mi alma en una felicidad que no era de esta tierra...

Vislumbraba ya lo que Dios tiene reservado para los que le aman (pero no con los ojos del cuerpo, sino con los del corazón).

Y viendo que las recompensas eternas no guardaban la menor proporción con los insignificantes sacrificios de la vida, quería amar, amar apasionadamente a Jesús y darle mil muestras de amor mientras pudiese... Copié varios pasajes sobre el amor perfecto y sobre la acogida que Dios dispensará a sus elegidos cuando él mismo sea su grande y eterna recompensa.

Y repetía sin cesar las palabras de amor que habían abrasado mi corazón... "

"... Considero como una gracia muy grande el no haberme quedado en Alençon. Los amigos que teníamos allí eran demasiado mundanos y compaginaban demasiado las alegrías de la tierra con el servicio de Dios. No pensaban lo bastante en la muerte, y sin embargo la muerte ha venido a visitar a un gran número de personas a las que yo conocí, ¡¡¡jóvenes, ricos y felices!!!

Me gusta volver con el pensamiento a los lugares encantadores donde vivieron, preguntarme dónde están, qué les queda hoy de los castillos y los parques donde las vi disfrutar de las comodidades de la vida... Y veo que todo es vanidad y aflicción de espíritu bajo el sol..., y que el único bien que vale la pena es amar a Dios con todo el corazón y ser pobres de espíritu aquí en la tierra... Tal vez Jesús quiso mostrarme el mundo antes de hacerme la primera visita, para que eligiera más libremente el camino que iba a prometerle seguir." (p. 140)

"Jesús, Amado mío, yo no sé cuándo acabará mi destierro... Más de una noche me verá todavía cantar en el destierro tus misericordias. Pero, finalmente, también para mí llegará la última noche, y entonces quisiera poder decirte, Dios mío:

"Yo te he glorificado en la tierra, he coronado la obra que me encomendaste. He dado a conocer tu nombre a los que me diste. Tuyos eran y tú me los diste. Ahora han conocido que todo lo que me diste procede de ti, porque yo les he comunicado las palabras que tú me diste, y ellos las han recibido y han creído que tú me has enviado. Te ruego por éstos que tú me diste y que son tuyos". (MC XI, p 322)

➤ **San Juan de la Cruz:**

"No le puede ser al alma que ama amarga la muerte, pues en ella halla todas sus dulzuras y deleites de amor. No le puede ser triste su memoria, pues en ella halla junta la alegría, ni le puede ser pesada y penosa, pues es el remate de todas sus pesadumbres y penas, y principio de todo su bien. Tiénela por amiga y esposa y con su memoria se goza como en el día de su desposorio y bodas, y más desea aquel día y aquella hora en que ha de venir su muerte, que los reyes de la tierra desearon los reinos y principados". (S. Juan de la Cruz, CB 11, 10).